Después quiso escribir sobre los oportunistas, y puso el ojo en la Serpiente, quien por diferentes medios —auxiliares en realidad de su arte adulatorio— lograba siempre conservar, o sustituir, mejorándolos, sus cargos; pero varias Serpientes amigas suyas, y especialmente una, se sentirían aludidas, y desistió de hacerlo.

Después deseó satirizar a los laboriosos compulsivos y se detuvo en la Abeja, que trabajaba estúpidamente sin saber para qué ni para quién; pero por miedo de que sus amigos de este género, y especialmente uno, se ofendieran, terminó comparándola favorablemente con la Cigarra, que egoísta no hacía más que cantar y cantar dándoselas de poeta, y desistió de hacerlo.

Después se le ocurrió escribir contra la promiscuidad sexual y enfiló su sátira contra las Gallinas adúlteras que andaban todo el día inquietas en busca de Gallitos; pero tantas de éstas lo habían recibido que temió lastimarlas, y desistió de hacerlo.

Finalmente elaboró una lista completa de las debilidades y los defectos humanos y no encontró contra quien dirigir sus baterías, pues todos estaban en los amigos que compartían su mesa y en él mismo.

En ese momento renunció a ser escritor satírico y le empezó a dar por la Mística y el Amor y esas cosas; pero a raíz de eso, ya se sabe cómo es la gente, todos dijeron que se había vuelto loco y ya no lo recibieron tan bien ni con tanto gusto.

CARTAS LITERARIAS

CARTAS DE MI SOBRINO

19 de mayo.

Gracias a Dios y a usted por las nuevas cartas y nuevos consejos que me envía. Hoy los necesito más que nunca.

Razón tiene la mística doctora santa Teresa cuando pondera los grandes trabajos de las almas tímidas que se dejan turbar por la tentación; pero es mil veces más trabajoso el desengaño para quienes han sido, como yo, confiados y soberbios.

Templos del Espíritu Santo son nuestros cuerpos; mas si se arrima fuego a sus paredes, aunque no ardan, se tiznan.

La primera sugestión es la cabeza de la serpiente. Si no la hollamos con planta valerosa y segura, el ponzoñoso reptil sube a esconderse en nuestro seno.

El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar y luego se trueca en hiel de dragones y veneno de áspides.

Es cierto; ya no puedo negárselo a usted. Yo no debí poner los ojos con tanta complacencia en esa mujer peligrosísima.

No me juzgo perdido; pero me siento conturbado.

Como el corzo sediento desea y busca el manantial de las aguas, así mi alma busca a Dios todavía. A Dios se vuelve para que le dé reposo, y anhela beber en el torrente de sus delicias, cuyo ímpetu alegra el Paraíso y cuyas ondas claras ponen más blanco que la nieve; pero un abismo llama a otro abismo, y mis pies se han clavado en el cieno que está en el fondo.

Sin embargo, aún me quedan voz y aliento para clamar con el Salmista: "¡Levántate, gloria mía! Si te pones de mi lado, ¿quién prevalecerá contra mí?"

Yo digo a mi alma pecadora, llena de quiméricas imaginaciones y de vanos deseos, que son sus hijos bastardos: ¡Oh, hija miserable de Babilonia, bienaventurado el que te dará tu galardón, bienaventurado el que deshará contra las piedras a tus pequeñuelos!

Las mortificaciones, el ayuno, la oración, la penitencia serán las armas de que me revista para combatir y vencer con el auxilio divino.

No era sueño, no era locura: era realidad. Ella me mira a veces con la ardiente mirada de que he hablado a usted. Sus ojos están dotados de una atracción magnética inexplica-

ble. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos. Mis ojos deben arder entonces, como los suyos, con una llama funesta; como los de Amón cuando se fijaban en Tamar; como los del príncipe de Siquén cuando se fijaban en Dina.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La imagen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu, vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del Cielo me parecen inferiores a su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas que pasan cual relámpago.

Cuando vuelvo a casa, cuando me quedo solo en mi cuarto, en el silencio de la noche, reconozco todo el horror de mi situación y formo buenos propósitos que luego se quebrantan.

Me prometo a mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no ir a la noche siguiente en casa de Pepita, y sin embargo voy.

Mi padre, confiado hasta lo sumo, sin sospechar lo que pasa en mi alma, me dice cuando llega la hora:

—Vete a la tertulia. Yo iré más tarde, luego que despache al operador.

Yo no atino con la excusa, no hallo el pretexto, y en vez de contestar: "No puedo ir", tomo el sombrero y voy a la tertulia.

Al entrar, Pepita y yo nos damos la mano, y al dárnosla me hechiza. Todo mi ser se muda. Penetra hasta mi corazón un fuego devorante y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahínco, por un estímulo irresistible, y a cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los lindos hoyuelos de sus mejillas cuando sonríe, ya la blancura sonrosada de la tez, ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, a pesar mío, como evocado por un conjuro; y, no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga cuya fascinación es ineluctable.

No es ella grata a mis ojos solamente, sino que sus palabras suenan en mis oídos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del universo, y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia que su limpio cuerpo despide y que supera al olor de los mastranzos que crecen a orillas de los arroyos y el aroma silvestre del tomillo que en los montes se cría.

Excitado de esta suerte, no sé cómo juego al tresillo, ni habla, ni discurro con juicio, porque estoy todo en ella.

Cada vez que se encuentran nuestras miradas se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y compenetran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían a saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module.

Desde el día que vi a Pepita en el Pozo de la Solana, no he vuelto a verla a solas. Nada le he dicho ni me ha dicho, y, sin embargo, nos lo hemos dicho todo.

Cuando me sustraigo a la fascinación, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo, y veo abierto a mis pies el precipicio en que voy a sumirme, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda usted que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mía. Me recomienda usted que piense en lo inestable, en lo inseguro de nuestra existencia y en lo que hay más allá. Pero esta consideración y esta meditación ni me atemorizan ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte cuando deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Un sentimiento de abnegación se alza de las profundidades de mi ser, y me llama a sí, y me dice que todo mi ser debe darse y perderse por el objeto amado. Ansío confundirme en una de sus miradas; diluir y evaporar todo mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos; quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

Lo que es aún eficaz en mí contra el amor, no es el temor, sino el amor mismo. Sobre este amor determinado que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mi espíritu el amor divino en consurrección poderosa. Entonces todo se cambia en mí, y aun me promete la victoria. El objeto de mi amor superior se ofrece a los ojos de mi mente como el Sol que todo lo enciende y alumbra, llenando de luz los espacios; y el objeto de mi amor más bajo, como átomo de polvo que vaga en el ambiente y que el Sol dora. Toda su beldad, todo su resplandor, todo su atractivo, no es más que el reflejo de ese Sol increado, no es más que la chispa brillante, transitoria, inconsciente, de aquella infinita y perenne hoguera.

Mi alma, abrasada de amor, pugna por criar alas, y tender el vuelo, y subir a esa hoguera, y consumir allí cuanto hay en ella de impuro.

Mi vida, desde hace algunos días, es una lucha constante. No sé cómo el mal que padezco no me sale a la cara. Aunque

me alimento; apenas duermo. Si el sueño cierra mis párpados, suelo despertar azorado, como si me hallase peleando en una batalla de ángeles rebeldes y de ángeles buenos. En esta batalla de la luz contra las tinieblas yo combato por la luz; pero tal vez imagino que me paso al enemigo, que soy un desertor infame; y oigo la voz del águila de Patmo que dice: "Y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz", y entonces me lleno de terror y me juzgo perdido.

No me queda más recurso que huir. Si en lo que falta para terminar el mes mi padre no me da su venia y no viene conmigo, me escapo como un ladrón; me fugo sin decir nada.

Juan Valera.
Pepita Jiménez.

A MI PADRE

Padre:

No quiero que algún día el corazón me reproche el no haberte escrito hoy, lo que hace tanto tiempo llevo dentro de mí.

El destino puede, en un momento, apagar tu vida o la mía, y de una u otra manera mis palabras ya no tocarían las fibras de tus sentimientos.

De mi inspiración han surgido poemas a mi madre, al compañero de mi vida, a mis hijos; pero a tí, a quien tanto he venerado, nunca te he sabido halagar.

El silencio papá, si bien en ciertas ocasiones es una gran cualidad, ha sido en todo este tiempo mi mayor defecto; porque le he impedido a mi espíritu volcarse entero en el tuyo, negándote el derecho que todo padre tiene, de recibir de sus hijos, sus lágrimas y sus risas.

Te quiero tanto, que escogí en mi esposo tus propias cualidades; tu grandeza viril, tu austeridad, tu infinita caridad, tu enorme valentía, tu profesión.

Te he visto en el transcurso de los años, actuar con la integridad del hombre que busca encontrar su ideal de probidad y de justicia, en su propia ascendente renovación, aún a costa de agrios y crueles comentarios.

Día a día encuentras nuevos valores que alientan tu vida, sin mirar atrás, sin cobijarse en la mediocridad insípida y eso mantiene en mí el deseo de ser mejor, impulsándome optimista hacia el futuro.

Esta noche, súbitamente me siento niña y quiero soñar que

me llevas dormida en tus brazos; tranquila, con el sueño de quien se sabe y se siente amada.

¿Comprendes ahora porqué no hubiera podido decirte estas cosas? Cómo decírtelas si en estos momentos mis ojos y mi alma están llorando porque me has dejado una herencia que el tiempo nunca me podrá robar.

Porque seguirás palpitando en mí mientras yo viva y germinarás nuevamente en mis hijos en donde su padre y tú, dejarán una huella limpia y honrada con proyecciones de eternidad.

ATALA VELA DE MARTINEZ M.

XV

CARTA A MI HIJO

NO TE ESCRIBO a destiempo. De tus ojos
la luz irradia limpia todavía.
(Te escribo de mañana porque ¿sabes?
temo que el haz de nuestra compañía
se pueda desatar sin previo aviso).
No vestiré tu rostro matutino
con la sombra que acecha nuestros pasos.
Y si corto el venero de tu risa
será para encender la primavera
sobre el rudo zig zag del horizonte.
El instante se esfuma. ¿Qué nos queda
de lo que fue el minuto que ha volado?
Quiero amar el renuevo de tu nombre
y embarcarme en la luz de tu esperanza.
La aurora te recibe. Mil millones
de manos extendidas te saludan;
es el signo que anuncia la presencia
de la fraternidad entre los hombres.
¡Bienvenido, hijo mío, te recibo
en nombre de la nueva primavera:
la que nace del suelo de los pobres
hacia todos los puntos de la tierra!
¡Que penetre en tu pecho sin rencores,
con su corte de luz, la primavera!
No te puedo ocultar el alto precio
de la luz y el color y la sonrisa:
es una cifra negra, que comprende
sangre y sudor en sumas increíbles.
Bienvenido, hijo mío. Te recibo
con mi saludo pleno de esperanza.
Deseo que tus ojos matutinos
puedan besar el rostro de la aurora,
y que tengan el amor hacia la especie,

en tu pecho, su cálido baluarte.
Y todavía más: tendrás que darle
potentes alas a la fe que nace.
Sobre el tierno capullo que revienta
se despeñan las garras de la sombra...
¡Pero quiero decirte que a la postre
el hombre libre crecerá en el mundo!

Horacio Salazar Ortiz.
La cruz azul y otros poemas.

PERIODISMO

PERFILES DEL HOMBRE AMERICANO

Un lector de mi reciente crónica acerca del ensayo en que Jorge Luis Borges señalaba algunos errores del "nativismo" literario, me escribe una carta llena de enjundiosos conceptos, rematada por un párrafo que, en cierto modo, resume su pensamiento: "Por medio de la novela localista —me dice— se acabará de perfilar el semblante del hombre americano, en sus distintos estadios de vida. Quiero decir que cuando cada país de nuestro continente posea buenas novelas acerca de la vida del hombre de la montaña, de los llanos, de la costa, de la selva, podremos cobrar, a través de ellas, una mayor conciencia de nuestras características raciales, comunes o particulares, o sea, de los rasgos determinativos de nuestras nacionalidades".

El punto de vista es correcto, puesto que la literatura constituye un medio de conocimiento del hombre. Confieso, además, que compartí ese criterio durante largo tiempo, tratando de ajustarme a él cuando escribí mi primera novela acerca del negro de Cuba. Pero, al cabo de varios viajes por distintas regiones de nuestro continente, me vi llevado a modificarlo en cierto modo —aunque sin rechazar su postulado inicial— ante la evidencia de que los hombres de América, aquellos que puedan considerarse como prototipo, no son tan numerosos como suele creerse.

Tenemos orígenes comunes. El proceso de la Conquista fue semejante en todas partes, con un paralelo desarrollo de las sociedades coloniales. Los mismos romances se difundieron aquí y allá. Las mismas canciones corrieron de boca en boca, a lo largo de estas tierras, viéndose hoy que una misma copla puede escucharse, casi sin variantes, en México, Venezuela o Chile. Los oficios rurales difieren muy poco, unos de otros, yendo de la ganadería a los cultivos, de la minería a la pesca. Y esto ha contribuido a que los hombres de ciertos ámbitos geográficos se parezcan enormemente entre sí, en despecho de las fronteras políticas. Pero ocurre, así mismo que, dentro de una zona que puede ser vastísima, algunos se nos presentan como mejores prototipos humanos, en función del medio, del carácter y de las tradiciones.

Me explico: un guajiro cubano constituye, sin duda un buen personaje de novela. Pero nos encontramos con que el llanero venezolano, por ejemplo, reúne todos los rasgos que pueden resultar interesantes en el guajiro cubano —más especialmente: en el camagüeyano, por las realidades de la monta y la ganadería—, pero le añade factores que lo enriquecen considerablemente: es más músico y acaso más poeta; tiene un folklore más